

▣ RETOMAMOS EL TIEMPO ORDINARIO

Terminadas las fiestas pascales y su «prolongación» en los domingos de las solemnidades de la Trinidad y del Corpus Christi, volvemos al tiempo ordinario que interrumpimos a mediados del mes de febrero. Vuelven la serie de domingos ordinarios que transcurrirán hasta finales de noviembre en los que «no se celebra algún aspecto peculiar del misterio de Cristo; sino más bien se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud» (*Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario* 43).

Así, con la lectura continuada del evangelio de Marcos que proseguimos desde el capítulo 3, nos iremos adentrando en la vida pública de Jesús.

▣ EL MAL EN EL MUNDO

El mal existe en el mundo. Todos somos conscientes. Lo vemos en nuestra vida cotidiana, en nuestro entorno, en las noticias próximas o lejanas. Como nos dice la primera lectura, el mal existe desde el origen de la humanidad. El relato del libro del Génesis nos explica de modo alegórico la existencia del mal, por medio del diálogo entre Dios y nuestros primeros padres después de que comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, y la posterior maldición dada a la serpiente.

El mal está, por tanto, en cada uno de nosotros. Aunque muchas veces, como en el relato del Génesis, echemos la culpa a otros: a otras personas, al ambiente, al mundo, al influjo de la mayoría social, a los medios de comunicación, a las instituciones, a los políticos... Esta enseñanza que trasmite el Génesis se repite continuamente en nuestra vida: intentamos eludir responsabilidades y pensar que no tenemos culpa de nada.

▣ LUCHA CONTRA EL MAL

Jesús vino a este mundo a erradicar el mal del mundo. En repetidas ocasiones el evangelio nos describe cómo Jesús consigue dominar y vencer al mal. Hoy mismo san Marcos trae la acusación que le hacen los escribas de que expulsa a los demonios y se le someten. Recordemos que Cristo es el Hijo de Dios, y que en la oración colecta de este domingo llamamos a Dios «fuente de todo bien».

Nosotros, en cuanto seguidores de Cristo, deberemos luchar contra el mal. En el bautismo se nos pregunta explícitamente en las renunciaciones que

preceden a la profesión de fe. Y cada año renovamos estas renunciaciones y promesas en la Vigilia Pascual. Sin embargo es un empeño diario.

Podemos hacer hincapié en el acto penitencial. También podría ser oportuno resaltar la última petición del Padre nuestro: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal». Y no olvidemos que en la comunión recibimos al «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» para que nos ayude en nuestra lucha contra el mal y «nos haga crecer en el amor» (oración sobre las ofrendas). Por eso le pedimos en la oración después de la comunión que «nos libere, misericordiosamente, de nuestra maldad».

▣ SOMOS LA FAMILIA DE JESÚS

La respuesta de Jesús del evangelio cuando su familia quiere estar con él puede sonar dura. Sin embargo, más allá de pensar que rechaza a sus parientes, Jesús quiere manifestar que los lazos de la sangre no suponen nada, sino que lo importante es cumplir la voluntad de Dios.

Desde nuestra perspectiva podemos pensar que nosotros estamos bautizados, formamos parte de la Iglesia, participamos en la Eucaristía dominical... Y tenemos, de algún modo, un parentesco espiritual con Jesús que nos garantiza la salvación. Pero también a nosotros nos dice que «el que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». Lo importante es vivir como cristianos, no solo ser cristianos. Es por ello que en la oración colecta le pediremos «que, inspirados por [Dios], consideremos lo que es justo y lo cumplamos según [su] voluntad». Y, en esa misma dirección, en la oración después de la comunión, diremos: «que tu acción medicinal, Señor, [...] nos conduzca hacia lo que es justo».

▣ VIDA TERRENA, VIDA CELESTE

La segunda lectura nos aporta una reflexión de san Pablo sobre la vida terrena, señalando cómo a lo largo de nuestra existencia encontramos momentos buenos y momentos malos. De un modo u otro, «todo es para nuestro bien». Y además, esta no es la vida definitiva sino que Jesús, a todo el que cree en él, le ha prometido una vida eterna, que trasciende la vida terrenal. «Si se destruye esta nuestra morada terrenal, tenemos un sólido edificio que viene de Dios, una morada que no ha sido construida por manos humanas, es eterna y está en los cielos». Ya que «quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros Jesús».

JOSÉ ANTONIO GOÑI